

Entretanto, la comisión de diputados residentes en Tours pedía auxilio á todo el mundo, instando á Birón, que visitaba la costa, para que avanzara rápidamente sobre la retaguardia de los vendeanos; y no contentándose con llamar á Birón, ordenaba en su ausencia movimientos, haciendo marchar hacia Nantes á todas las tropas que se pudo reunir en Saumur. Birón contestó al punto á las instancias de la comisión, diciendo que consentía en el movimiento efectuado sin sus órdenes, pero que le era preciso guardar á Areñas y la Rochela, ciudades de más importancia á sus ojos que Nantes; los batallones de la Gironda, los mejores del ejército, iban á abandonarle y era forzoso reemplazarlos; no podía poner en movimiento su ejército sin que se desbandara y entregase al saqueo, á causa de su indisciplina; cuando más, le sería posible desprenderse de tres mil hombres bien organizados, y sería una locura, añadía, marchar sobre Saumur é internarse en el país con fuerzas tan poco considerables. Birón escribió al mismo tiempo al comité de salvación pública ofreciendo su dimisión, puesto que los representantes querían arrogarse á sí el mando. El comité le contestó que tenía mil razones; que los representantes podían aconsejar ó proponer ciertas medidas, pero que no debían ordenarlas; y que á él solo correspondía adoptar las que creyese convenientes para conservar á Nantes, la Rochela y Niort. Birón no hizo por eso menos esfuerzos para organizar un reducido ejército más ligero con el cual pudiese ir en auxilio de la ciudad sitiada.

En este intervalo los vendeanos, saliendo de Angers el 27, halláronse el 28 á la vista de Nantes, y como no fuese escuchada su amenazadora intimación, preparáronse al ataque. Éste debía efectuarse el 29 por ambas orillas á las dos de la madrugada. Canclaux no contaba sino con cinco mil hombres de tropas regulares, y otros tantos guardias nacionales para guardar un espacio inmenso, cortado por varios brazos del Loira; pero adoptó las mejores disposiciones, comunicando gran valor á la guarnición. El 29 atacó Charette á la hora convenida por la parte de los puentes; pero Cathelineau, que operaba en la orilla derecha y tenía á su cargo lo más difícil de la empresa, quedó detenido en el puesto de Niort, donde hicieron la más heroica resistencia algunos centenares de hombres. El ataque, retardado por esta parte, se hizo más difícil; sin embargo, los vendeanos se diseminaron por detrás de los cercados y fuertes y estrecharon á la ciudad desde más cerca. Canclaux, general en jefe, y Beysser, comandante de la plaza, sostuvieron las tropas republicanas. Cathelineau redobló por su parte los esfuerzos, y ya estaba muy internado en un arrabal cuando quedó mortalmente herido de un balazo. Sus soldados se retiraron consternados, conduciéndole en hombros, y desde aquel momento aflojó el ataque, dispersándose los vendeanos después de diez horas de combate y salvándose la plaza.

Todos en aquella jornada hicieron su deber.

La guardia nacional había rivalizado con las tropas de línea, y el mismo corregidor fué herido. Al día siguiente se lanzaron los vendeanos en sus barcas, y volvieron al interior del país. Desde este momento quedó perdida para ellos la oportunidad de acometer grandes empresas; ya no debían aspirar á nada importante, y cuando más podían contentarse con ocupar su propio

país. En este momento, Birón, apresurándose para socorrer á Nantes, llegaba á Angers con cuantas tropas había podido reunir, y Westermann marchaba á la Vendée con su legión germánica.

Apenas libertada Nantes, sus autoridades, sumamente afectas á los girondinos, quisieron reunirse con los insurrectos de Calvados, y al efecto expidieron un decreto hostil contra la Convención; pero Canclaux se opuso con todas sus fuerzas, consiguiendo hacer entrar á los nanteses en orden.

Habíanse vencido, pues, los mayores peligros por esta parte: en Lozere ocurrió un acontecimiento de no menor importancia, cual era la sumisión de treinta mil revoltosos, que hubieran podido comunicarse con los vendeanos ó con los españoles por el Rosellón.

Por una circunstancia de las más felices, el diputado Fabre, enviado al ejército de los Pirineos orientales, se hallaba allí en el momento de la sublevación, y desplegó una energía que después pagó con la muerte en aquel departamento. Se apoderó de las autoridades, puso á toda la población sobre las armas, convocó toda la gendarmería y tropas organizadas que había en los alrededores, sublevó el Cantal, el alto Loira y el Puy-de-Dome, y los rebeldes, arrollados en el primer movimiento y perseguidos por todas partes, se dispersaron y huyeron por los bosques, quedando en poder de los vencedores su jefe, el ex constituyente Charrier. Por sus papeles se adquirió la prueba de que su proyecto se relacionaba con la gran conspiración descubierta seis meses antes en Bretaña, y cuyo jefe, La Rouarie, había muerto sin poder realizar sus planes. En las montañas del Centro y las del Mediodía quedaba, pues, restablecida la tranquilidad, aseguradas las espaldas del ejército de los Pirineos, y el valle del Ródano no tenía ya en uno de sus lados montañas sublevadas.

Una inesperada victoria sobre los españoles en el Rosellón acababa de asegurar la sumisión del Mediodía. Ya les hemos visto retroceder después de su primera marcha por los valles del Tech y del Tet para tomar á Bellaguardia y los Baños, volviendo á situarse luego delante del campamento de los franceses. Después de haber observado largo tiempo, atacaron por fin el 17 de julio. Los franceses contaban apenas con doce mil soldados novicios, mientras que los españoles tenían quince ó diez y seis mil hombres aguerridos. Deceando Ricardos envolvernos, había dividido demasiado sus fuerzas; nuestros jóvenes voluntarios, sostenidos por el general Barbantane y el intrépido Dagobert, se mantenían firmes en sus atrincheramientos, y después de hacer heroicos esfuerzos los españoles parecieron decididos á retirarse. Dagobert, que aguardaba este instante, se precipita sobre ellos, pero uno de sus batallones se desbanda de repente, huyendo en desorden. Por fortuna, acuden á tiempo los generales Deflès y Barbantane en auxilio de Dagobert, y todos se precipitan con tal violencia, que el enemigo es rechazado hasta muy lejos. El combate del 17 de julio reanimó el valor de nuestros soldados, y según el testimonio de un observador, produjo en los Pirineos el efecto que había producido Valmy en Champaña el año anterior.

Por el lado de los Alpes, Dubois-Crancé, situado entre la Saboya descontenta, la Suiza incierta y Grenoble y Lyon insurreccionados, se conducía con tanta

bravura como buena suerte. Mientras que las autoridades de las secciones prestaban ante su persona el juramento federalista, había prestar otro opuesto en el club y en su ejército, esperando el primer momento favorable para obrar. Habiéndose apoderado de la correspondencia de las autoridades, halló la prueba de que trataban de coligarse con Lyon; entonces las denuncia al pueblo de Grenoble, como queriendo promover la disolución de la república por una guerra civil; y aprovechándose de un momento de entusiasmo, hace que las destituyan y devuelve todos los poderes á la antigua municipalidad. Desde este momento, tranquilo ya respecto á Grenoble, ocupóse en reorganizar el ejército de los Alpes, á fin de conservar la Saboya y hacer que se ejecutasen los decretos de la Convención contra Lyon y Marsella. Cambió todos los estados mayores, restableciendo el orden en sus batallones; incorporó los reclutas procedentes de la leva de trescientos mil hombres; y aunque los departamentos de Lozere y del Alto Loira hubiesen empleado su contingente para sofozar la revolución en sus montañas, trató de suplirle con mozos quintados. Después de llenar estas primeras atenciones, mandó marchar al general Carteaux con algunos miles de hombres de infantería y con la legión formada en Saboya con el nombre de legión de los Allobroges, cuyas fuerzas debían dirigirse á Valence para ocupar el curso del Ródano, impidiendo la reunión de los marseleses con los lioneses. Carteaux, saliendo en los primeros días de julio, dirigióse rápidamente sobre Valence, y desde aquí á Pont-Saint-Esprit, donde derrotó á los nimeses, dispersó á los unos, incorporóse los otros y aseguró las dos orillas del Ródano. Acto contínuo lanzóse sobre Aviñón, donde los marseleses se habían establecido algún tiempo antes.

Mientras ocurrían estos sucesos en Grenoble, Lyon afectaba siempre la mayor fidelidad á la república, prometiendo mantener su *unidad é indivisibilidad*, aunque sin obedecer al decreto de la Convención, que llamaba al tribunal revolucionario de París los procedimientos incoados contra diversos patriotas. La comisión y su estado mayor se llenaban de realistas ocultos: Rambaud, presidente de aquella, y Precy, comandante de la fuerza departamental, eran secretamente afectos á la causa de la emigración. Extraviados por peligrosas sugerencias, los desgraciados lioneses iban á comprometerse con la Convención, que obedecida y victoriosa en adelante, haría recaer sobre esta última ciudad rebelde todo el castigo reservado al federalismo vencido. Entretanto, se armaban en Saint-Etienne, reunían desertores de toda especie, pero procurando siempre no declararse en abierta rebelión; dejaban pasar los convoyes destinados á las fronteras, y ponían en libertad á los diputados Noël-Pointe, Santeyra y Lesterpt-Beauvais, detenidos por los Ayuntamientos inmediatos.

El Jura se había calmado un poco; los representantes Bassal y Garnier, á quienes hemos visto con mil quinientos hombres cercados por quince mil, habían alejado sus fuerzas, demasiado reducidas, tratando de negociar. Consiguieronlo al fin, y las autoridades rebeldes les prometieron reprimir este movimiento aceptando la Constitución.

Habían transcurrido cerca de dos meses desde el 2 de junio, pues ya tocaba su fin el mes de julio; Valencien-

nes y Maguncia seguían siempre amenazadas; pero Normandía, Bretaña y todos los departamentos del Este habían vuelto á la obediencia. Nantes acababa de liberarse de los vendeanos; los bordeleses no osaban salir de sus muros; Lozere estaba sometido; los Pirineos quedaban resguardados por el pronto; Grenoble se había pacificado; Marsella se hallaba aislada de Lyon, gracias á los triunfos de Carteaux; y esta última ciudad, aunque rehusando obedecer los decretos, no osaba, sin embargo, declarar la guerra. La autoridad de la Convención estaba, pues, casi restablecida en el interior. Por una parte la lentitud de los federalistas, su falta de unión y sus medios incompletos, y por otra la energía de la Convención, su unidad, su posición central, su costumbre de mandar y su hábil y enérgica política, habían decidido el triunfo de la Montaña sobre aquel último esfuerzo de los girondinos. Congratulémonos de este resultado, pues en un momento en que la Francia se veía atacada por todas partes, el más digno de mandar era el más fuerte. Los confederados vencidos se condenaban por sus propias palabras: «los hombres honrados, decían, no supieron jamás ser enérgicos.»

Pero mientras los confederados sucumbían por todas partes, un último incidente iba á excitar contra ellos los más grandes furros.

En aquella época vivía en Calvados una joven de veinticinco años de edad, dotada de rara hermosura y de un carácter tan enérgico como independiente. Llamábase Carlota Corday de Armáns: sus costumbres eran puras, pero tenía una imaginación inquieta y activa y había abandonado la casa paterna para ir á vivir con más libertad en casa de una de sus amigas en Caén. Su padre había reclamado en otro tiempo por medio de varios escritos los privilegios de su provincia, en la época en que Francia se hallaba precisada aún á reclamar los de las ciudades y provincias. La joven Carlota llegó á entusiasmarse por la causa de la revolución, como otras muchas mujeres de su tiempo, y así como madama Roland, se embelesó con la idea de una república sometida á las leyes y fecunda en virtudes. Parecióle que los girondinos trataban de realizar su sueño y que los montañeses eran los únicos que oponían obstáculos; y al tener conocimiento de lo ocurrido el 31 de mayo, resolvió vengar á sus queridos oradores. Comenzaba la guerra de Calvados, y persuadida de que la muerte del jefe de los anarquistas, concurriendo con la insurrección de los departamentos, aseguraría la victoria de estos últimos, resolvió llevar á cabo un acto de generosa abnegación, consagrando á su patria una vida que no endulzaban los lazos de esposa y de madre ni vínculo alguno de familia. Engañó á su padre, escribiéndole que los trastornos en Francia eran cada día más espantosos y que iba á buscar la calma y la seguridad en Inglaterra. Después se encaminó á París; pero antes de marchar quiso ver en Caén á los diputados, objeto de su entusiasmo y de su abnegación. Para llegar hasta ellos imaginó un pretexto, pidiendo á Barbaroux una carta de recomendación para el ministro de la Gobernación; dijo que tenía que reclamar ciertos papeles para una amiga suya, antigua canonesa. Barbaroux le dió una carta para el diputado Duperret, amigo de Garat: sus colegas, que la vieron como él, oyéndola



expresar su odio contra los montañeses y su entusiasmo por una república pura y regular, quedaron admirados de su belleza y conmovidos por sus sentimientos. Todos ignoraban sus proyectos.

Llegada á París, Carlota Corday pensó en elegir su víctima: Dantón y Robespierre eran bastante célebres en la Montaña para merecer sus golpes; pero Marat era el que había parecido más espantoso en las provincias, y á quien se consideraba como jefe de los anarquistas. Carlota quiso primero dar muerte á Marat en medio de la Montaña y de sus amigos, mas no podía hacerlo, porque aquél se hallaba en un estado que le impedía tomar asiento en la Convención. Ya se recordará que se había suspendido voluntariamente en sus funciones por espacio de quince días; pero viendo que el proceso de los girondinos no podía terminarse aún, puso término á tan ridícula comedia. Muy poco después, una de esas enfermedades inflamatorias que en las revoluciones ponen fin á las existencias borrascosas, cuando no terminan en el cadalso, le obligó á retirarse y á permanecer en su casa, donde nada podía calmar su febril actividad. Pasaba una parte del día en el baño, rodeado de plumas y de papeles; escribía de continuo, redactando su diario, dirigiendo cartas á la Convención, y quejándose de que no se hiciera caso de él. En la última que escribió dijo que si no la leían haría que le trasladasen enfermo á la tribuna para hacerlo él mismo; denunciaba á los dos generales Custine y Birón. «Custine, decía, trasladado del Rin al Norte, hacía como Dumouriez; hablaba mal de los *anarquistas*, formaba sus estados mayores á su capricho, armaba ciertos batallones, desarmando á otros, y los distribuía conforme á sus planes, que sin duda eran los de un conspirador.» (Ya se recordará que Custine se aprovechaba del sitio de Valenciennes para reorganizar el ejército del Norte en el campamento de César.) «En cuanto á Birón era un antiguo lacayo de corte; aparentaba temer mucho á los ingleses para permanecer en la baja Vendée y dejar al enemigo en posesión de la superior. Evidentemente, no esperaba sino un desembarco para reunirse con ellos y entregarles nuestro ejército. La guerra de la Vendée debía estar terminada ya, pues un hombre juicioso, después de haber visto á los vendeanos batirse una vez, no podía menos de haber hallado medios para destruirlos. En cuanto á él, que entendía también el arte militar, había concebido una maniobra infalible, y que, á no ser por el mal estado de su salud, se hubiera dirigido á las orillas del Loira para poner su plan en ejecución. Que Custine y Birón eran los Dumouriez de la época, y que después de prenderlos se debía ejecutar una última medida que respondiera á todas las calumnias y comprometiese sin remedio á todos los diputados en la revolución; esta medida era ajusticiar á los Borbones prisioneros y poner á precio las cabezas de los fugitivos. Así no se acusaría ya á los unos de preparar el trono para Orleans, y se impediría á los otros hacer la paz con la familia de los Capetos.»

Según vemos, revelábase la misma vanidad, el mismo furor y prontitud en anticiparse á los temores populares.

Custine y Birón, en efecto, iban á ser objeto del furor general; y Marat, enfermo y moribundo, debía tener aún el honor de la iniciativa.

Para llegar hasta él, Carlota Corday se vió precisada á ir á su casa. Primeramente envió la carta para Duperret, cumplió su encargo con el ministro de la Gobernación y se dispuso á consumar su proyecto. Habiendo preguntado á un cochero las señas de Marat, dirigióse al punto á su casa; pero como se le rehusase la entrada, escribióle para decirle que, recién llegada de Calvados, debía manifestarle algunas cosas de importancia. Esto era lo bastante para que se le permitiese entrar: el 13 de julio, en efecto, se presenta á las ocho de la noche; el ama de gobierno de Marat, joven de veintisiete años, con quien vivía matrimonialmente, opone algunas dificultades; pero Marat, que estaba en su baño, oye á Carlota y manda que la introduzcan. Una vez sola con él, refiérole cuanto ha visto en Caén, le escucha después, y le mira atentamente antes de herir. Marat pregunta ansiosamente el nombre de los diputados presentes en Caén; Carlota los nombra, y cogiendo aquél un lápiz, comienza á escribir y añade: «¡Está bien; todos irán á la guillotina!.. — ¡A la guillotina!», replica la joven indignada. Y sacando entonces de su seno un cuchillo, hiere á Marat en la tetilla izquierda y hunde la hoja hasta el corazón. «¡A mí!, grita Marat, ¡a mí, querida amiga!» El ama de gobierno acude presurosa, así como un dependiente que doblaba periódicos; ambos ven á Marat bañado en sangre y á la joven Corday tranquila, serena é inmóvil. El dependiente la derriba al suelo de un silletazo; el ama de gobierno la pisotea; el tumulto atrae á la gente y bien pronto se agita todo el barrio. Levántase la joven Corday y arrostra con dignidad los ultrajes y furores de cuantos la rodean; algunos individuos de la sección que acaban de llegar, admirados de su belleza, de su valor y de la calma con que confiesa el hecho, impiden que sea destrozada, y se la conduce á una prisión, donde continúa confesándolo todo con la misma tranquilidad.

Este asesinato, lo mismo que el de Lepelletier, causó una sensación extraordinaria. Inmediatamente dijeron que los girondinos eran los que habían armado á Carlota Corday, lo mismo que habían dicho del anterior y se repetirá en semejantes ocasiones. Una opinión oprimida se señala casi siempre por una puñalada; sólo un alma muy exasperada ha podido concebir y ejecutar el acto; pero atribúyese, no obstante, á todos los partidarios de la misma opinión, y todos se autorizan así á ejercer en ellos nuevas venganzas, haciendo nuevos mártires. Era difícil hallar crímenes en los diputados detenidos; la revolución departamental facilitó un primer pretexto para inocularlos, declarándoles cómplices de los fugitivos; la muerte de Marat servía de complemento á sus supuestos crímenes y á las razones que se querían alegar para enviarlos al cadalso.

La Montaña, los jacobinos, y sobre todo los franciscanos, que se vanagloriaban de haber tenido los primeros á Marat, de haber estado relacionados particularmente con él y de no haberle desechado jamás, mostraron un profundo sentimiento. Convínose en darle sepultura en su propio jardín, bajo los mismos árboles donde por la tarde leía su diario al pueblo, y la Convención acordó asistir en cuerpo á sus funerales. En los jacobinos se propuso tributarle honores extraordinarios, y se quiso trasladarle al Panteón, aunque la ley no per-



CARLOTA CORDAY